



Al llegar al final del año litúrgico, la Iglesia nos invita a detenernos, a hacer silencio y a mirar. No con una mirada superficial, sino esa mirada honda que nace de la fe, capaz de atravesar el tiempo y escrutar el misterio. San Agustín decía que *“la fe es el comienzo del conocimiento verdadero”*, y el conocimiento verdadero se encuentra en la cruz. (Lc 23,35-43). Es allí donde Cristo se manifiesta Rey. Todo parece contradicción. Y sin embargo, aquí acontece la revelación más pura de la realeza divina. San Ambrosio decía: *«En la cruz Cristo reina porque en la cruz vence; allí vence no dominando, sino amando»*.

El Evangelio nos presenta tres miradas:

- la burla de los jefes,
- la indiferencia del soldado,
- y el grito confiado del buen ladrón.

Sólo este último ve lo invisible, y por eso dice: *«Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino»*. En este ruego humilde está la puerta del Reino: reconocer en Jesús crucificado a Aquel que tiene poder para introducirnos en la Vida.

El Reino es misericordia que nos abre el Paraíso

La respuesta de Jesús no es un juicio, sino una promesa: *«Hoy estarás conmigo en el Paraíso»*. San Efrén, contemplando este encuentro, exclama: *«La llave del Paraíso estaba en la cruz del Señor; el ladrón*

la vio suspendida entre cielo y tierra y se refugió en ella».

El Reino que Cristo inaugura no es geográfico ni de dominio, sino de comunión, de *“estar con Él”*.

El Rey que recoge a los dispersos y sana lo herido



La primera lectura (2 Sam 5,1-3) muestra a las tribus que se reúnen en torno a David. Prefigura a Cristo que, desde la cruz, reúne a los hijos de Dios dispersos (Jn 11,52). San Cirilo de Alejandría contempla este misterio así: *«El que fue levantado en alto extiende sus brazos para abrazar al mundo entero»*.

Cristo reina porque atrae.

Cristo reina porque perdona.

Cristo perdona para que podamos estar con él.

El reinado interior: Cristo que quiere reinar en el corazón

Reinar Cristo en nosotros significa:

- que su verdad ordene nuestro pensar;
- que su amor purifique nuestros afectos;
- que su misericordia inspire nuestras obras;
- que su paz gobierne nuestros pasos.

Y, sobre todo, que Él sea nuestro último deseo y

nuestra primera alegría.

La espera de los cielos nuevos: Reino presente y venidero

El Reino ya ha irrumpido en la historia — porque Cristo ha resucitado—, pero aún esperamos su manifestación plena. San Gregorio Magno escribía: *«Lo que ahora creemos, entonces lo contemplaremos; lo que ahora celebramos en esperanza, entonces será gozo sin fin»*. En cada Eucaristía proclamamos: *«Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria»*. No es una frase protocolaria: es un acto de entrega, un reconocimiento contemplativo de que nuestra historia está en manos de Aquel que vive y reina para siempre y la Eucaristía es la primicia de ese Reino

Para contemplar en silencio



Ante este Rey crucificado y glorioso, la Iglesia aprende:

- que el poder cristiano es servicio,
 - que la autoridad cristiana es caridad,
 - que la victoria cristiana es la fidelidad humilde,
 - que la gloria cristiana es la cruz acogida y ofrecida.
- Y en ese lugar —la cruz— es donde se abre el Paraíso para quien pide misericordia. Allí nace la Iglesia. Allí empieza nuestro Reino.

ORANDO CON LOS SALMOS



Sal 121, 1-2. 4-5



**¡Qué alegría cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor»!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén.**

Allá suben las tribus, las tribus del Señor,
según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David.

El canto de los que caminan

Al concluir el año litúrgico, la Iglesia nos ofrece el salmo 121/122 como eco de la alegría que brota en el corazón del creyente que camina hacia Dios. *“¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la casa del Señor!”*. No es solo un recuerdo de los peregrinos que subían a Jerusalén, sino un anuncio de nuestra vocación última: entrar en la Jerusalén celestial.

Este salmo pertenece a los *cánticos de las subidas*, entonados por los israelitas al ascender al Templo para las grandes fiestas. San Agustín lo interpreta como símbolo del alma que asciende hacia Dios: *“Subimos no con los pies, sino con el corazón. Nuestra Jerusalén es el cielo.”*

Jerusalén como signo de comunión

El salmo celebra la ciudad santa como lugar de unidad, justicia y paz. *“Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta”* (v.3), dice el salmista, y aña-

de: *“Allá suben las tribus del Señor... a celebrar el nombre del Señor”* (v.4). La subida no es individual, sino comunitaria. Es el pueblo entero que camina unido hacia la presencia de Dios.

San León Magno comenta: *“La Iglesia es la Jerusalén espiritual, donde todos los pueblos se reúnen para alabar al Señor.”*

Fin del año, inicio de la esperanza



Vamos alegres a la casa del Señor

Al terminar el año litúrgico, este salmo se convierte en oración de despedida y de espera. Hemos caminado con Cristo en su misterio pascual, y ahora miramos hacia la plenitud de su Reino. La *“casa del Señor”* es figura de la Iglesia, pero también del cielo. El salmo nos enseña a deseársela con alegría, como quien ha sido invitado a una fiesta. San Gregorio Magno exhorta: *“Desead la paz a Jerusalén, porque en ella está la paz verdadera, la que no se turba ni se acaba.”*

La paz como fruto del camino

El salmo concluye con una súplica por la paz: *“Por mis hermanos y compañeros diré: La paz contigo”* (v.8). Es la paz que brota del encuentro con Dios, y que se convierte en bendición para los demás. Al cerrar el año litúrgico, pedimos esa paz para la Iglesia, para nuestras comunidades, para nuestros corazones. San Ambrosio decía: *“La paz de Jerusalén es Cristo mismo. Quien lo recibe, entra en la casa del Señor.”*

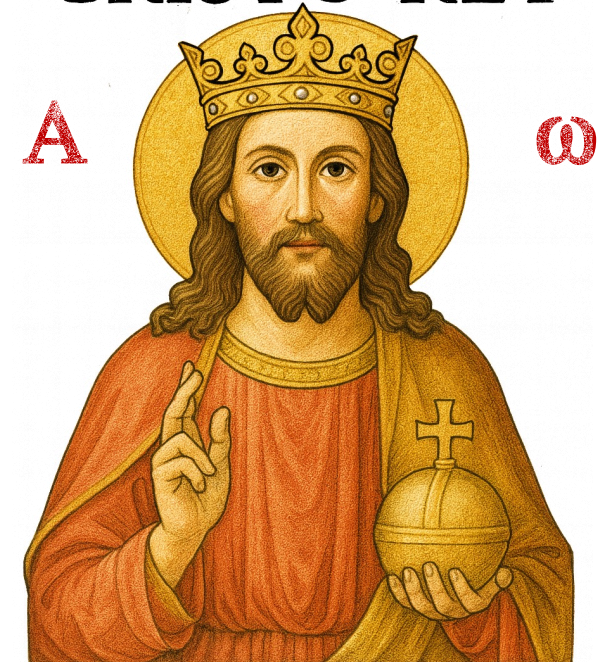
**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

CATEDRAL
DE OVIEDO



Domingo XXXIV ciclo C

**SOLEMNIDAD DE
CRISTO REY**



XXXIV DOMINGO C